

945
D5427
T1538
V. 2.

VIAJE POR ITALIA

LA SOCIEDAD

(Continuación de ROMA)

22 de Marzo

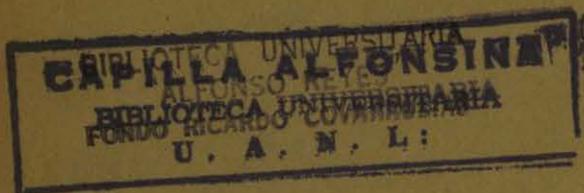
La burguesía

Ya te he descrito casi todo lo que he podido observar por mí mismo en lo exterior; en cuanto á lo interior, quiero decir, á las costumbres y á los caracteres, bien comprendes que en sólo un mes que estoy aquí no puedo decirte gran cosa de mi cosecha; pero tengo aquí amigos de diferentes clases y opiniones diversas, todos muy complacientes, no pocos muy discretos. He aquí el resumen de cincuenta ó sesenta conversaciones sostenidas con toda franqueza, sinceramente y sin reservas.

Hay pocos artistas en esta ciudad, poblada de obras de arte. Hace treinta años, tenían á Mr. Camuccini y á varios imitadores de David; hoy se vuelve á la insipidez graciosa; los escultores dan al mármol un pulimento perfecto para agradar á los ricachos vulgares de la otra parte de los montes; este es su fuerte, y no quieren nada más allá. La mayor parte son obreros que hacen copias. El gran público ha caído también muy abajo; los



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



romanos no sienten ya sus obras maestras sino por la admiración que les tributan los extranjeros. Consiste ello en que les está prohibida la verdadera cultura. Es imposible viajar sin un pasaporte del Papa, y aun este pasaporte es rechazado más de una vez. Un artista italiano, cuyo nombre me han dicho, no ha podido obtener permiso para ir á París. «Id, si os place, pero no volveréis más», le dijeron. Se tiene miedo de que hombres como él traigan aquí ideas liberales.

Según dicen los extranjeros, los médicos son meros recetadores de lavativas y los abogados simples practicones de la trampa. Todos viven confinados en su especialidad respectiva. La policía, que deja hacer lo que se quiere, no permite, sin embargo, que nadie se ocupe de las ciencias que algo se relacionan con la religión ó la política. Con sólo que un hombre lea y estudie mucho, aunque sea en su propia casa y á puertas cerradas, ya cae bajo la vigilancia policíaca; se le molesta y ájetrea, se le sitia con visitas domiciliarias para coger libros prohibidos, si los tiene, y se le acusa de tener grabados obscenos. Ha de vivir sometido al *precetto*, es decir, sometido á la obligación de encerrarse en su casa al toque del avemaría y de no salir ya después de puesto el sol, y si falta una vez, se le encierra. Un diplomático extranjero me ha dicho el nombre de uno de sus amigos á quien esto le ha sucedido. Se cita en Roma á un astrónomo y á uno ó dos anticuarios, pero en suma los sabios son despreciados y no se les deja vivir tranquilos. Si alguien es erudito, lo oculta ó pide perdón por el delito de conocer la ciencia, y la presenta como una manía suya. La ignorancia es aquí muy bien acogida, porque hace á la gente dócil.

Cuanto á los profesores, los primeros, los de universidad, ganan trescientos ó cuatrocientos escudos por año y dan cinco lecciones por semana; esto demuestra la alta estima en que se tiene á la ciencia. Para vivir, unos profesores se hacen médicos, otros arquitectos ó empleados ó bibliotecarios; muchos que son eclesiásticos se ayudan con el dinero de la misa, y unos y otros viven más que sobriamente. En el almanaque he contado cuarenta y siete cátedras: hay quinientos alumnos en la Universidad, unos diez por cada clase. El Papa acaba de autorizar un curso de geología, al que acuden cuatro oyentes; de historia profana no hay curso ni clase alguna. En cambio los cursos de teología son muy numerosos. Esto muestra el espíritu de la institución; las ciencias de la Edad Media florecen, las modernas quedan relegadas. En Roma no hay más que dos escuelas públicas: el Seminario romano, que está bajo las órdenes del cardenal vicario y educa á los jóvenes para el sacerdocio, y el Colegio romano, que está en poder de los jesuitas; no se estudia más que latín y griego. Nada de italiano, nada de francés, ninguna lengua viva, nada de historia, si no es la romana, y ésta sólo hasta Constantino. Los estudios son tan débiles, que cuando un discípulo quiere entrar en su congregación, debe comenzar de nuevo sus estudios desde los principios. En la facultad de medicina nada de clínica de obstetricia: por toda enseñanza hay cuadros representando los órganos del cuerpo humano, y estos cuadros están cubiertos con cortinas; un imbécil, famoso por su ignorancia, acaba de ser nombrado profesor gracias á una intriga de mujeres. El resto á la buena de Dios. Los profesores, me dice un médico alemán, son aquí barberos de aldea; hay algunos que han

pasado en París una ó dos semanas solamente y practican en los hospitales por procedimientos que cuentan de atraso un siglo. En el hospicio de enfermedades de la piel se hacen á los tiñosos incisiones en la cabeza; ya cicatrizada la llaga, los forman en fila y les pasan por la cabeza un pincel mojado en cierta tintura; el mismo pincel sirve para todos y hace ya dos años que no lo han renovado. Por todo esto puede juzgarse de la dignidad y de la importancia de las profesiones liberales.

¿Hay aquí algún resorte moral? La mayor parte de mis amigos responden que no; el gobierno ha pervertido al hombre. Las gentes son extraordinariamente despiertas, calculadoras, astutas, pero no menos egoístas; nadie ó casi nadie arriesgaría en Italia su vida ó su dinero. Gritarán mucho, dejarán á los otros ponerse delante en cualquier peligro, ellos no harán el menor sacrificio. Creen que sacrificarse es una tontería, y sonríen delicadamente viendo al francés que se inflama, que al grito de patria y de gloria va sereno á hacerse romper los huesos.

Los romanos, los italianos, no se entregan, no se comprometen, se acomodan á vuestro gusto; son infinitamente finos y pacienzudos, no dejan escapar la más ligera sonrisa en medio de los barbarismos y de las grotescas faltas de pronunciación que cometé siempre todo extranjero. Quedan constantemente dueños de sí mismos, no quieren comprometerse, no piensan más que en sacar su baza del juego, en aprovechar, en engañar al extraño ó engañarse los unos á los otros. Lo que nosotros llamamos delicadeza, ellos ni lo conocen. Tal anticuario ilustre recibe muy tranquilamente de los tratantes y corredores de anti-

güedades una comisión por los objetos falsos que con sus informes les ayuda á vender, y hay buen número de usureros entre los personajes más ricos y más nobles.

Cada cual tiene aquí su protector: es imposible subsistir de otra manera; hace falta ese protector para obtener la cosa más insignificante, para que le hagan á uno justicia, para recibir la renta, para conservar el bien que se tiene. El favor reina en todas partes. Tened á vuestro servicio ó en vuestra familia una bella mujer complaciente, y saldréis del asunto más malo blanco como la nieve. Uno de mis amigos compara este país á los pueblos de Oriente, por donde él ha viajado, con la diferencia de que aquí no es la fuerza, sino la astucia, la que arregla las cosas; el hombre hábil y bien apoyado puede obtenerlo todo. La vida es una liga y un combate, pero por bajo de tierra. En este gobierno de sacerdotes se tiene un gran horror á la luz; nada de energía brutal, se mina ó se contramina con hábiles maniobras y emboscadas y trampas diez años antes preparadas.

Como la iniciativa y la acción son nocivas y mal vistas, la pereza es título de honor. Muchas gentes viven en Roma no se sabe cómo ni de qué, sin renta ni oficio. Otras ganan diez escudos al mes y gastan treinta. Además del puesto ó cargo visible, todos tienen otra clase de ocultos recursos y expedientes. Desde luego, el gobierno gasta de doscientos á trescientos mil escudos anuales en limosnas y cada príncipe ó noble se cree obligado á la caridad por rango y por tradición; uno da seis mil escudos por año. Contad aún que hay *buona mancia* (buena ración) por todas partes. Ciertas gentes entregan quince memoriales al día;

de esos quince les sale concedido uno, á veces dos: ya puede el peticionario comer aquel día. Y he aquí un oficio magnífico á que dedicarse. Tiene también sus gentes de malvivir. En efecto, se ven en las calles escribientes memorialistas al aire libre, con el sombrero puesto, un paraguas á su lado y los papeles sujetos con piedras para que no se los lleve el aire. Finalmente, en esta miseria universal todo el mundo se ayuda: un mendigo no es un hombre despreciado y descentrado de la sociedad; tampoco lo es un expresidiario; son hombres decentes, tan honrados como los demás, sólo que «los ha cogido la desgracia», y pensando en esto, aun los más pobres dan de limosna algunos buyocós: así se mantiene la holgazanería. En la montaña, del lado de Frascati, encontraba yo en cada cerca, donde pastaban ganados, un hombre ó un chiquillo que me abría la entrada; á las puertas de las iglesias un pobre diablo, dedicado á levantaros la cortina de cuero del postigo: así recogen cinco ó seis sueldos por día, y con eso viven.

Conozco un guarda que gana seis escudos al mes; además, de largo en largo tiempo remienda un traje viejo, y así gana tres ó cuatro buyocós: su familia se muere de hambre, y á veces pide prestados dos *paulos* (veinte sueldos) á un vecino para acabar la semana. Sin embargo, el hijo y la hija van el domingo á paseo muy bien vestidos; la chica es honrada, porque aun no ha encontrado marido; una vez casada, ya será otra cosa; parecerá á todos natural que se procure los adornos y ayude á su marido como pueda. Muchos hogares viven así, de la belleza de la mujer: el mundo cierra los ojos y á veces los abre; en este caso, lo hace para llenar mejor su bolsillo. No le

preocupa la deshonra. ¡Hay tanta pobreza en el *mezzo ceto!* (clase media), y cuando vienen los hijos, el hombre lo siente tanto, por lo que cuestan, que pasa fácilmente por tener un protector rico. «Si mi mujer quiere vestidos, que se los gane ella.»

Por otra parte, el efecto general de este gobierno es deprimente, hace al hombre plegarse á infinitas bajezas, lo tiene habituado á temblar, á besar la mano del eclesiástico y á humillarse siempre. De generación en generación han sido extirpadas como malas hierbas la altivez, la fuerza y la resistencia viril; el que la lleva en sí mismo es tenido por un loco y al cabo concluye por perder hasta su germen. El *Cassandrino* de los antiguos teatros de *Marionettes* (fantoques, figuras de movimiento) es un tipo de este estado de alma; es el laico abrumado, rebajado, cuyo resorte de la vida interior ha sido roto y que ha tomado la determinación de reir de todo, hasta de él mismo; que cogido por salteadores se deja despojar haciendo gracias, y dice á los bandidos: «Sois unos buenos cazadores.» Amarga bufonería, voluntaria arlequinada que ayuda á olvidar los males de la vida. Este carácter es frecuente; el marido resignado y envilecido consiente el bienestar de su mujer. Conseguida su parte, se pasea, va al café á tomar su taza de tres sueldos, se entera del tiempo que hace y se da el gusto de lucir en las calles el paño nuevo de su gabán. Un romano, y lo mismo una romana, se echan encima todo el dinero que han ganado ó que se les da, se alimentan poco y mal, comen pastas, queso, coles é hinojo; nada de lumbre en invierno, muebles mezquinos y todo sacrificado á la apariencia. En las calles, en el Pincio, se ve á muchas mujeres con soberbias

mantillas de terciopelo, una multitud de bellas jóvenes emperejiladas y con guantes nuevos; el exterior es llamativo, reluciente; pero no vayáis más allá, no queráis llegar hasta el interior.

La pereza florece al lado de la ignorancia como un cardo al lado de una ortiga. Uno de nuestros amigos ha vivido algún tiempo en los alrededores del lago Nemi: era imposible allí leer una carta por la mañana, pues el médico, el cura y el boticario escogían aquella hora para su paseo cotidiano y no había nadie más que ellos en la aldea que supiese leer y escribir: lo mismo poco más ó menos sucede en Roma. Me citan una familia noble que vive en dos cámaras de su casa, alquilando el resto, que son cinco, y he ahí toda su renta. De las cuatro hijas, una sola es capaz de escribir una carta, y le llaman de mote *La Sabia*. El padre y los hijos van al café, beben un vaso de agua bien clara y leen el periódico: ahí tenéis toda su vida. No hay aquí porvenir alguno para el joven; por muy feliz puede tenerse si obtiene en la Datoría ó en otra parte un destino de seis escudos al mes: ni comercio, ni industria, ni ejército; la mayor parte se hacen religiosos ó clérigos y viven del estipendio de la misa, sin atreverse á buscar fortuna fuera de su país: la policía cierra con fuerte cerrojo la puerta á los que quieren salir.

Los interiores de las casas son verdaderos tabucos. Las señoritas andan por casa en enaguas, mal vestidas como fregonas, hasta que son las cuatro de la tarde. Conozco por dentro una casa donde durante mucho tiempo tenía yo á sus mujeres por remendonas; las encontraba á veces limpiando botas; todo ello no era otra cosa que desorden, ropa blanca sucia, cacharros quebrados

sobre la mesa y por el suelo; los chiquillos comían en la cocina. Un domingo las vi en paseo bien ataviadas y con sombrero; tenían aspecto de damas, y supe que su hermano era abogado: apareció éste y presentaba toda la traza de un elegante.

Pregunto en qué pasan el tiempo todos estos jóvenes. En nada, me contestan: el gran negocio en este país consiste en moverse lo menos posible. Puede compararse el joven romano á un hombre que duerme la siesta: es inerte, odia al esfuerzo y se incomodaría mucho si lo molestaran y forzaran á emprender una cosa cualquiera. Cuando ha salido de su oficina, se viste y arregla lo mejor que puede y va á pasar bajo cierta ventana; esto empieza desde la tarde. De cuando en cuando la mujer ó la muchacha levanta una punta de la cortina para hacerle ver que está allí y le ve. No pasan más adelante; esto nada tiene de extraño, la siesta predispone al amor. Se pasean incesantemente por el Corso, siguen á las mujeres, saben su nombre, su nombre en diminutivo familiar, quién es su novio y todo el presente y el pasado del amorío; así viven con la cabeza llena de intriguillas femeniles. Por lo demás, en esta ocupación el espíritu se hace agudo y acaba por ser muy perspicaz. Entre estos jóvenes los hay finos, sonrientes, de buenas maneras, pero disimulados, siempre en guardia, ocupados en suplantar unos á otros y jugarse malas pasadas.

En la clase media se dan reuniones nocturnas, pero bastante singulares. Miranse los amantes de un extremo á otro de la sala y nada más, porque es imposible hablar con una joven; su novio se lo ha prohibido. Se toman vasos de agua sin azúcar y cada uno se ocupa en dar vuelta á sus pensa-

mientos ó en observar á los demás. Si se sale por un momento de esta reflexión silenciosa es para oír un poco de música. En las reuniones de la burguesía baja no se toma nada, ni aun agua clara. Hay un piano y con frecuencia alguien canta, pero nada de fuego en el invierno; las damas forman círculo, quedándose con sus manguitos; las más favorecidas reciben un braserillo para calentarse las manos; esto parece bastante.

Se tiene á las jóvenes encerradas, y así las pobres hacen esfuerzos de ingenio para salir alguna vez. Poco antes de lo que voy refiriendo, una de ellas se escapaba de noche á pie descalzo para asistir á las citas con su novio; murió y sus amigas le hicieron una manifestación, yendo á besar su cadáver; para ellas era una mártir del ideal de amor. Su vida consiste en decirse unas á otras muy bajito que tienen un amante, es decir, un joven que les hace la corte, que piensa en ellas y que pasea debajo de su ventana. Esto ocupa su imaginación y les hace las veces de una novela escrita, que ejecutan en lugar de leerla. Así la mayor parte han sentido cinco ó seis enamoramientos antes de casarse. En lo tocante á la virtud, observan una táctica especial: evitar las aproximaciones, guardar la fortaleza y cazar con habilidad continua y resueltamente al marido.

Nótese que esta galantería no es muy decorosa; al contrario, es singularmente tonta y ruda cual ninguna. Estos mismos jóvenes que pasean por espacio de diez y ocho meses junto á una ventana y se alimentan de sueños, abordan con procacidades de Rabelais á toda mujer que pasa por la calle sola. Con la misma á quien aman usan palabras de doble sentido é ingeniosidades indecentes. Uno de mis amigos se encontró un

día en una partida de campo con un joven y una muchacha que parecían muy enamorados; á cada instante se olvidaban de que estaban en sitio público. Mi amigo dijo al compañero más cercano: «He ahí, sin duda, á dos recién casados, pero se creen en su casa.» El interpelado no respondió, pareció turbarse; el casado era él. Mi amigo pretende que la gran pasión italiana tan elogiada por Stendhal, la adoración perseverante, el culto absoluto, el amor capaz de bastarse y de durar toda la vida, es tan raro aquí como en Francia; por lo menos la delicadeza es seguro que falta. Algunas mujeres se enamoran, pero es exteriormente; lo que ellas admiran es un guapo mozo que hable bien, que vista mejor, que luzca blancas y finas camisas y cadenas de oro. No hay mucho de dulce y de temerario en su carácter; serían buenas compañeras en ocasiones peligrosas, en las que precisara desplegar energía; pero en las circunstancias ordinarias son tiránicas y en cuestión de su conveniencia muy positivas. Los expertos en esta materia declaran que se entra en servidumbre desde que se es amante de una romana: os exige atenciones infinitas, ocupará todo vuestro tiempo, debéis estar siempre en vuestro sitio, ofrecerle el brazo, llevarle ramilletes, darle chuchertas, ser rendido y como extasiado; y si á esto faltáis, ella deduce que tenéis otra amante, os llama en seguida á vuestro deber y pide sin dilación pruebas fehacientes de inocencia. En este país, como el tiempo de cada hombre no es reclamado ni por la política, ni por la industria, ni por la literatura, ni por la ciencia, es una mercancía sin compradores, y según la ley económica de la oferta y la demanda, su valor disminuye y aun llega á ser nulo; á este precio una mujer puede emplear

ese tiempo en que se le hagan frases y genuflexiones.

Pero á esta vida, que á nosotros nos parece tan estrecha y casi una muerte, los romanos se han acomodado perfectamente. Careciendo de lecturas y de viajes, no son capaces de hacer comparaciones ni de observarse á sí mismos; siempre han sido las cosas así, ellos también lo serán. Una vez aceptada esta necesidad, no parece más extraña ni fuera de lo común que la *malaria* (1), y por otra parte, muchas circunstancias la hacen soportable. Aquí se vive muy barato. Un hogar que tiene dos niños y una criada consume al año por valor de 2.500 francos, y 3.000 son tanto aquí como 6.000 en París. Se puede salir á la calle con gorro y con traje corto; nadie inspecciona en este punto á los demás, cada cual piensa en ir á su gusto, las extravagancias son toleradas siempre. Tened dispuesta para enseñarla vuestra papeleta de confesión y comunión, huid de los liberales, dad pruebas de servil docilidad y de abandono, y hallaréis al gobierno tolerante y acomodaticio con una indulgencia paternal. Por último, estas buenas gentes no son muy avaras en cuestión de dicha y expansiones: un paseo el domingo en trajede fiesta á la quinta Borghesse, una comida en cualquier *trattoria* (jardín) del campo, he aquí una perspectiva que hace el gasto de sus sueños durante una semana. Saben bromear, hablar por los codos, contentarse con lo poco que tienen, saborear una hermosa ensalada fresca y disfrutar el placer de un vaso de agua pura bien bebida frente á un bello efecto de luz natural. Por lo de-

(1) Enfermedad de calenturas, casi endémica en la campiña romana.—(N. del T.)

más, hay en ellos un gran fondo de buen humor; creen que hay que pasar el tiempo lo más agradablemente posible, que la indignación inútil es una tontería, que la tristeza es una enfermedad: su temperamento va hacia la alegría como la planta hacia el sol. Unid al buen humor la bondad y llaneza: un príncipe habla familiarmente con sus criados y rie con ellos; un campesino de los alrededores, para quien sois una especie de señor, os tutea sin dificultad; un joven de sociedad describe y detalla á una joven de la sociedad misma, como si ella fuera su querida. La desaprensión es completa; no conocen aquí las trabas minuciosas de nuestra sociedad, la reserva y el tono en las maneras.

¿Desean vivamente ser italianos? Sí y no. Mis amigos pretenden que detestarían á los piemonteses al cabo de un mes si se apoderaran del Estado romano. Están acostumbrados á la licencia, á la impunidad, á la pereza, al régimen de la influencia y el favor, y se sentirían malcontentos si de todo eso los privaran. En suma, todo el que aquí está bien apoyado y bien acreditado, puede hacer lo que se le antoje, con tal que no se ocupe de política. Los nuevos tribunales establecidos en las Romanas, en Bolonia, por ejemplo, han disuelto y castigado sociedades de ladrones que encontraban ocultadores de sus robos entre la compañía más honrada. Un aldeano que ha matado á su enemigo, pero que tiene un primo al servicio de cualquier cardenal, se ve libre con dos años de galeras; se le condena á veinte, pero se le va indultando por grados y pronto vuelve á su pueblo, donde sigue siendo no menos considerado. Son salvajes que no se someterían de buen grado al freno de la ley. Además, les falta el senti-

do moral, y si no lo tienen no es toda la culpa de sus jefes. Precisa considerar cuán malos fueron los gobiernos del siglo XVIII, tan absolutos y arbitrarios como éste: las costumbres eran buenas y los principios severos; el temperamento de las personas atenuaba los vicios de la constitución, pero en Roma los agrava. El hombre no tiene aquí por naturaleza la idea de la justicia; es demasiado fuerte y violento, demasiado imaginativo para aceptar ó imponerse un freno: cuando se cree en estado de guerra, no pone límites á su derecho de guerra. Hace seis días una bomba estalló en casa del librero principal del Papa: el partido avanzado quiso probar de este modo su energía ante Europa y cree así asustar á sus enemigos; admite, como Orsini, la soberanía del fin, y ya se sabe cómo asesinaron al ministro Rossi. Los pueblos del otro lado de los montes tienen allá arriba sentimientos de que carecen los romanos.

La nobleza

A la aristocracia se le llama aquí bestia. Delante de mí se pasa revista á las principales familias: muchas han viajado, son regularmente instruidas, no son malas gentes, pero por una particularidad singular, que procede sin duda de la escasez de cruzamientos y del estancamiento de la sangre, siempre encerrada en las mismas venas, casi todas esas familias tienen el espíritu firmemente obtuso y limitado; se pueden ver sus retratos en la bella comedia del conde Girano *L'Ajo nel imbarazzo*; el príncipe Lello, en la *Tolla*,

de Mr. Edmundo About, está tomado del natural y sus cartas ridículas son auténticas. Respondo de que conozco cuatro ó cinco nobles ó grandes señores romanos perfectamente educados y amables, algunos eruditos ó cultivados, uno de ellos, entre otros, cortés como un príncipe, espiritual como un periodista, sabio como un académico, además artista y filósofo, tan fino, tan fecundo en palabras agudas y en ideas de toda especie, que él sólo haría el gasto de la conversación en el más brillante y más libre salón parisiense. Se me replica que no se debe juzgar por excepciones, y que en una reunión de necios, por mucho que lo sean, siempre hay algunos dotados de ingenio. Tres ó cuatro no más, abiertos y activos, destacan sobre la multitud vulgar. Estos son liberales, los otros papistas encerrados en su educación, en sus prejuicios, en su inercia como una momia en su envoltura. Sobre su mesa encontraréis libritos devotos ó canciones picarescas: á esto se reducen sus importaciones de Francia. Sus hijos sirven en la guardia, se hacen una raya en medio de la cabeza y persiguen á las mujeres con su sonrisa de peluquero.

Hay pocos salones, falta el espíritu de sociedad y nadie se divierte. Cada gran señor se queda en sus habitaciones y allí recibe de noche á sus familiares, gentes que pertenecen á la casa como los tapices y los muebles. No se va al mundo, como en París, por ambición, por proveerse de relaciones, por adquirir apoyos: serían inútiles estos cuidados. Donde hay algo que pescar es en otras aguas, en las aguas eclesiásticas. Los cardenales son, por lo regular, hijos de aldeanos ó de mediocres burgueses, y cada uno de ellos tiene su cortejo de íntimos que le sigue desde hace

veinte años; su médico, su confesor, su ayuda de cámara llegan por medio de él á dispensar favores. Un joven no puede ser nada si no se adhiere á la fortuna de un prelado ó á la de sus gentes; esta fortuna es un gran barco que el viento lleva y que arrastra detrás de sí á las naves pequeñas. Nótese que este gran crédito de los prelados no les proporciona tener salones. Para obtener un favor ó un destino, no hay que dirigirse á un cardenal ó á uno de los servidores principales; éstos responden muy atentamente, y nada más. Tocad otros resortes más secretos, dirigíos al barbero, al criado de más confianza, al que pone al señor la camisa. Una mañana él hablará al cardenal y le dirá con insistencia: «¡Ah, Eminencial ese piensa muy bien, ¡y habla de vos tan respetuosamente!»

Otra de las circunstancias mortales para el espíritu de sociedad es la falta de confianza. Sus gentes desconfían unas de otras, vigilan sus palabras y no se espontanean. Un extranjero que durante veinte años ha tenido abierto un salón importante, nos decía que si dejara á Roma antes de seis meses no tendría ni dos cartas que escribir, porque en este país no hay amigos. Por eso, la única ocupación es el amor: las mujeres pasan el día en el balcón, ó si son ricas van á la iglesia, luego al Corso, poco después otra vez al Corso. No teniendo fin y desahogo necesario, la sensibilidad, como en otras partes, al encontrarse sin empleo, produce pasiones violentas y á veces explosiones extrañas, como por ejemplo, la desesperación de la joven marquesa Savorelli, muerta de amor porque su prometido la había dejado, ó también el matrimonio de tal ó cual dama elevada con un alférez francés que ensillaba

su caballo en el patio del palacio, y así otros sucesos novelescos ó trágicos.

La gran desgracia para los hombres consiste en no tener nada en que ocuparse; así se pudren ó se aletargan en su situación. Faltos de ocupaciones, emplean su astucia en engañarse unos á otros, en espiarse y molestarse como frailes ociosos encerrados en un convento. Principalmente por la noche, el peso del desabrimiento llega á ser abrumador: se los ve en sus inmensos salones ante sus filas de cuadros bostezando, dando vueltas, escuchando. Llegan dos ó tres contertulios, siempre los mismos, y traen á la reunión varios chismes. Roma en este particular es como un lugarejo de provincias. Se discute sobre un criado despedido, sobre un mueble comprado, una visita devuelta demasiado pronto ó demasiado tarde; el hogar y la vida íntima son puestos en evidencia á la luz del día, nadie goza aquí del grande y hermoso incógnito de París ó de Londres. Algunos se interesan por la música ó por la arqueología; se habla de los papeles recientes y la imaginación y las afirmaciones se dejan ir á su gusto: este es el único estudio casi vivo, todo lo demás es lánguido ó muerto. Los periódicos y las revistas extranjeras no llegan ó son detenidos cada dos días una vez y los libros nuevos no se hallan aquí. No se puede, por lo tanto, hablar de la carrera de cada uno, porque no existe, nadie la tiene. La diplomacia y los altos empleos son para los sacerdotes, el ejército es extranjero. Queda la agricultura: muchos se dedican á ella, pero indirectamente. Arriendan á los campesinos por medio de la *mercanti di campagna*; éstos ordinariamente subarriendan á los dueños de ganados napolitanos trashumantes que

vienen aquí á pasar el invierno y la primavera. La tierra es muy buena, la hierba abunda mucho. Tal *mercante* subarrienda en veinticinco escudos por seis meses lo que ha arrendado en once por todo el año, y aun reune casi otros cinco por el heno y gana así el tres por uno; se puede calcular que por término medio ganan el dos por uno: así hacen grandes fortunas. Varios se arruinan por emprender demasiado; compran reses para engordarlas, pero la epidemia se atraviesa por medio; otros, en cambio, llegan á enriquecerse y son los jefes de la burguesía. Visten bien, empiezan á razonar, son liberales, desean una revolución que les ponga á la cabeza de los negocios, sobre todo en los negocios municipales. Algunos que han llegado á una gran opulencia compran unas tierras, luego un título; uno de éstos ya es duque. Un noble de Roma no puede pasarse sin estos hombres, porque no conoce á los del campo ni vive entre ellos: si quisiera arrendarles directamente encontraría frente á sí una liga de todos. Nada tiene de común con ellos, ni ellos le aman, pues á sus ojos sólo es un parásito. Por otra parte, está él no muy bien con el *mercante*, por quien se ve explotado, y á su vez el *mercante* pasa por un usurero necesario á los ojos de los del campo. Las tres clases se hallan separadas, y así no puede haber ni hay gobierno natural.

No sucede lo mismo en la Romaña al presente italiana (1), pero excepto en dos ó tres cantones, los nobles de Roma que querían vivir de sus tierras, explotarlas por sí mismos y tomar el go-

(1) Quiere decir caída en poder del rey de Cerdeña, que estaba luchando por la unidad de Italia y había quitado ya alguna tierra á los Estados Pontificios.—(N. del T.)

bierno económico y moral del país, tropiezan hoy con más dificultades que nunca. Primeramente faltan brazos. Las conscripciones ó reclutas militares hechas por Víctor Manuel se han llevado á muchos de los naturales de los Abruzzos, que venían á hacer los trabajos agrícolas; los caminos de hierro ocupan á un gran número de romanos y la campiña está casi desierta. Además, los negocios se hallan sometidos á un régimen arbitrario: la salida de los granos no es libre; se necesita un permiso especial para toda operación ó empresa y no se obtiene si no á medida del favor ó influencia. El gobierno interviene hasta en los negocios privados. Por ejemplo, un inquilino ó arrendatario no os paga, le dais de prórroga tres meses, pasados éstos, otros tres, y así en lo sucesivo. Al cabo os cansáis y os decidís á echarlo, pero su sobrino es canónigo y el gobernador del distrito os hace pedir una nueva moratoria para aquel pobre hombre. Pasa un año, enviáis al alguacil, éste se detiene al saber, cuando ya está en la puerta de la casa, que un cardenal está interesado en aquel asunto. Supongo que en el trato social tropezáis con el cardenal: os pedirá al momento misericordia, nada menos que en nombre del Pontífice, para un hombre honrado que siempre comulga por Pascua y cuyo sobrino el canónigo se distingue por sus virtudes en la Datoría.

Generalmente, el procedimiento es como sigue: el arrendatario ó campesino á quien se residencia, pide y obtiene muchas veces en seguida la dilación de una quincena. Así puede aprovechar una de las *ferie* ó día festivo de Navidad, de Carnaval, de Pascuas, de San Pedro ó del otoño; las hay que duran dos meses. A causa de la santidad del tiempo, reclama el hombre una prórroga más.

larga, que el juez le concede en seguida por cuatro meses. Hecho esto, va en apelación y aun gana así bastante tiempo. Después se dirige al *uditore santissimo*, magistrado que toma el nombre del Papa, siempre muy tierno con los pequeños y los pobres (cuando no se trata del dinero de la Iglesia). Nueva dilatoria. Entonces aun alega que su mujer está en cinta y próxima á parir. Prohibición de enviarle los alguaciles; debéis esperar cuarenta días, hasta que la mujer salga de su cuidado. Van á expirar esos días, y entonces el tunante subarrienda la casa á cualquier amigo insólente, á condición de quedarse allí como huésped de este subarrendatario. Y ya os encontráis precisado á empezar contra el testaferrero un nuevo procedimiento, y si por casualidad se trata de un clérigo, tenéis que acudir al tribunal eclesiástico del cardenal vicario. Lo más expedito será que paguéis todos los gastos, renunciéis á vuestro derecho y encima deis un poco de dinero á vuestro deudor para que se marche y vaya á repetir su industria á otra parte.

Un noble italiano á quien conozco, posee muchas casas en Roma. Una de éstas se halla frente al jardín de un convento de monjas, cuya superiora ve que desde las ventanas del tercer piso de dicha casa se puede inspeccionar un rincón del jardín. En seguida un mandamiento al dueño de parte del cardenal vicario para que pague de su bolsillo unas tablas que cubran aquellas ventanas pecadoras (1). Podría yo citar gran número de ve-

(1) En España, hasta la época del liberalismo, 1837, estaba prohibido edificar casas altas cerca de los conventos, para que la vista de los vecinos no pudiera dominarlos; la Iglesia en todas partes es la misma, una fautora de insoportable tiranía, la más irritante.—(N. del T.)

jaciones parecidas. ¿No es esto quitar la gana de ser propietario?

El hombre tiene necesidad de una ocupación fuerte que lo emplee y de una justicia exacta que lo contenga en su deber. Es como el agua, que necesita una pendiente y un dique; sin éstos, el claro y limpio río útil y movable se convierte en cenagal estancado y fétido. Aquí la represión eclesiástica obstruye el camino al río y el régimen arbitrario horada sin cesar el dique; así, formado el cenagal, sucede lo que en detalle acabamos de ver. Si hay aquí tantas villanías y miserias, es porque faltan la acción y la iniciativa libres y también la justicia exacta. Mis amigos me advierten que no debo juzgar á esta nación por su estado presente; el fondo vale más que la apariencia; hay que distinguir lo que la nación es y lo que puede ser. Según ellos, la fuerza y el espíritu abundan, y para vencerme, van á llevarme mañana al campo y á los alrededores de la población: «Es necesario verlos—me dicen—antes de hacer razonamientos acerca del pueblo.»

La campiña

Hemos salido por la puerta del Pópulo, y hemos seguido un largo arrabal pedregoso; también allí hay ruinas. Entramos por la derecha en la antigua gruta del papa Julio III, casi abandonada, nos colocamos en una puerta carcomida y vemos un patio elegante, donde se desarrolla un pórtico circular sostenido por columnas cuadradas con capiteles corintios; la masa ha subsistido, gracias

á la solidez de su construcción antigua. En la actualidad es una especie de cobertizo aprovechado en usos domésticos: campesinos y lavanderas con los brazos arremangados andan de acá para allá; al borde de las antiguas fuentes de piedra, espera la ropa los golpes de la paleta; un ganso contempla, descansando sobre una pata, el borbotar del agua, que traída tiempo atrás con una prodigalidad de príncipe, fluye y murmura como en los primeros días; los haces de juncos, los montones de cañas, el estiércol y las bestias, aparecen en derredor de las columnas; son allí los herederos de Vignola, de Miguel Angel, de Aníbal Caro, de la corte sabia, guerrera y letrada que por las noches venía á entretener al generoso Papa. A la izquierda se ve una gran escalera sin escalones, especie de rampa que se podría subir á caballo y desenvuelve su espesor y las bellas curvas de sus bóvedas. Llegados á la cumbre, forzamos una especie de picaporte y nos encontramos en una *loggia*: allí era donde el Papa venía después de la comida á conversar y á tomar el fresco enfrente de la campiña, ampliamente extendida ante sus miradas. Esta sala está sostenida por columnas; en su techo aun se distinguen restos de artesonados hechos á cincel, que representaban cuerpos de hermosas figuritas que parecían vivas; un ancho balcón prolonga el paseo y lleva más abundantemente el aire exterior al pecho fatigado por los calores. Nada más bien entendido y mejor apropiado al clima; nada más propio para contentar los sentidos de un artista; aquí había que venir para dilucidar los proyectos de edificios ó retocar la composición de figuras. Se le mostraban aquí al Papa los esbozos, dibujaban delante de él. Hombre semejante, tan generoso y amante de lo bello,

estaba formado para comprender á aquellas almas de artista. Aun queda una especie de granero: los herrajes del balcón están casi desencajados, los artesones han caído, los pilares del patio han perdido su estuco y dejan ver su armazón resquebrajado de ladrillo rojo; solamente las columnas de la *loggia* muestran todavía sus bellos fustes de mármol blanco. Dos ó tres pintores vienen aquí en la primavera á refugiarse en esta ruina.

El polvo hace remolinos, el sol enciende apenas la cúpula gris de las nubes, el cielo parece de plomo, el *sirocco* enervante y febril sopla á ráfagas intermitentes. El puente Molle aparece entre sus cuatro estatuas; detrás hay un pobre albergue y luego detrás de él comienza el desierto. Nada tan extraño como estas cuatro estatuas resquebrajadas, que se perfilan sobre el gran vacío obscuro y forman la entrada de la tumba de un pueblo. De los lados, el Tiber serpentea amarillento y viscoso como un reptil enfermo. Ni un árbol cubre sus riberas, sólo casas y cultivos. A lo lejos, de largo en largo trecho, se descubre una mole de ladrillos, un resto destrozado bajo su cabellera de plantas y sobre una pendiente; en los huecos, un ganado silencioso, búfalos de largos cuernos rumiando tranquilamente. Arbustos, malas hierbas y plantas descuadradas, se abrigan en las hendiduras de las colinas; los henos suspenden al lado de las escarpas su penacho de fina verdura, pero en parte alguna se ve un verdadero árbol, esto es allí el rasgo lúgubre. Cauces de torrentes surcan con sus blancuras pálidas el verdor uniforme, las aguas inútiles serpentean medio estancadas ó duermen en lagunas entre las hierbas podridas.

De todas partes, hasta el horizonte, la soledad

ondula en colinas de un aspecto duro y monótono, y se pregunta uno durante largo tiempo á qué cosa conocida pueden parecerse estas formas extrañas. No se ha visto nada semejante, la Naturaleza no lo produce; algo ha debido venir á juntarse á ella para enrespar su composición y mezclar sus desprendimientos. Redondeados ó quebrados, sus contornos son los de una obra humana hundida y después deshecha por la acción del tiempo. Parecen antiguas ciudades destruidas y luego cubiertas de tierra, gigantescos cementerios borrados gradualmente y después hundidos entre la hierba. Se cree ver una gran población que ha vivido allí, que ha revuelto y trabajado el suelo, que lo ha poblado de sus construcciones y sus cultivos y que ya hoy nada de eso subsiste: hasta los vestigios han desaparecido, la hierba y el suelo han hecho por cima de ellos una nueva capa y se experimenta el sentimiento de angustia vaga que se sentiría á la orilla de un mar profundo si á través de sus aguas inmóviles se mezclara como en un sueño la forma indistinta de cualquiera enorme ciudad sumergida bajo las olas.

Dos ó tres veces se llega á una altura; desde allí, cuando se contempla el círculo inmenso del horizonte poblado en su totalidad por amontonamientos de colinas y por la confusión de oquedades funerarias, se siente caer sobre el corazón un desaliento desesperado. Es esto un circo, un circo al día siguiente de grandes juegos, mudo y convertido en sepulcro. Una línea quebrada de montañas color violeta y una sólida barrera de ideas lejanas, le sirven de muralla: la decoración y los mármoles han desaparecido, no queda más que el recinto y el suelo formado por despojos humanos. Allí se ha desarrollado durante siglos la más san-

griente y la más pomposa de las tragedias humanas; todas las naciones, galos, españoles, latinos, africanos, germanos y asiáticos, contribuyeron á sus alistamientos y á sus matanzas de gladiadores; los cadáveres de los innumerables muertos, hoy están allí confundidos y olvidados bajo la hierba.

Pasan algunos aldeanos con la escopeta en la bandolera, á caballo, calzados con fuertes polainas; pastores vestidos con piel de carnero sueñan despiertos con los ojos brillantes y la mirada vaga. Llegamos á Porta-Prima; chiquillos desarrapados, una muchachuela con la ropa hecha jirones y el pecho desnudo hasta el estómago se agupan junto al coche para pedirnos limosna.

Vamos á ver en Porta-Prima las nuevas excavaciones en la casa de Livia. Se ha descubierto hace seis meses una estatua de Augusto; todo esto está enterrado. ¡Qué amontonamientos de tierra en Roma! Se dice que últimamente se ha encontrado bajo una iglesia otra, y bajo esta otra una tercera, probablemente del siglo III. Esta última, la más antigua, había sido destruída en cualquiera de las invasiones de los bárbaros; cuando los habitantes volvieron, los restos formaban un montón sólido; sobre los fustes de las columnas pusieron los fundamentos de la segunda iglesia. Idéntica suerte corrió la segunda y de igual modo fué edificada la tercera, la más nueva. Ya Montaigne citaba en Roma templos enterrados, cuyo techo quedaba por debajo del piso todo lo largo de una pica de las que usaban algunos soldados entonces. Cuando se sigue un camino, se nota en todo el país una corteza de tierra negruzca: es la que los hombres cultivan. De ella ha salido toda la población vegetal, animal y humana; los vivientes

vuelven para salir bajo otras formas; por cima de la gran masa inerte y mineral, este abono es la sola porción movable que se levanta; después cae, según el vaivén y el torbellino de la vida. Ciertamente que en ningún lugar del mundo ha sido más agitado de alto abajo y más trastornado que aquí.

Se entra con antorchas en las cámaras subterráneas, con estanques en su suelo, de donde el agua rezuma. Pasando la antorcha por los muros se ven reaparecer uno á uno hermosos adornos, pájaros, follajes verdes, granados llenos de su fruto rojo; es todavía este el gusto sencillo y severo de la antigüedad sana, tal como lo ofrecen Pompeya y Herculano.

Descendía el sol en una bruma pálida; el viento grueso levantaba á sacudidas el polvo, que cegaba los ojos; bajo este doble velo, los rayos oscuros como los de un bloque de hierro candente, se extinguían con vaguedad en la desolación infinita. En la cima de una escarpa se veía una pobre ruina vacilante, el acrópolis de Fidenes, y sobre otra escarpa el cubo ennegrecido de una torre feudal.

* * *

Hoy vamos á pie á Grassati, el cielo está nublado, pero el sol rompe en algunos sitios la techumbre de nubes. A medida que se sube hacia las alturas devastadas de Túsculo, la perspectiva es más grande y más triste. La inmensa campiña romana se extiende y se dibuja como una landa estéril. Montañas muy quebradas se erizan hacia el Oriente, por donde pasan nubes de tempestad; al Oeste, indistintamente, se mezclan Ostia y el

mar, especie de faja vaporosa y blanquecina como el humo de una caldera. A esta distancia y á esta altura, los montículos que accidentan el plano casi se borran, pareciéndose á las débiles y largas ondulaciones de un océano obscuro. No hay cultivos; el color pálido de los campos abandonados prolonga hasta perderse de vista sus tintas borrosas y débiles. Con su sombra lo manchan las grandes nubes, y todas estas fajas violáceas y negruzcas rayan los fondos rojos como en una manta vieja de pastor.

Mi guía es atrevido y franco en el hablar, demuestra vigor, pero es poco alegre. Tiene diez y nueve años, sabe cinco ó seis palabras francesas, no trabaja, vive de su oficio de cicerone, es decir, de algunas monedas cogidas al acaso. Nada hay de agradable, de atractivo ni de respetuoso en sus maneras; más bien es sombrío y áspero, y da sus explicaciones con la dureza grave de un salvaje. En clase de extranjeros, somos nosotros para él señores bastante ricos. Me dicen que estas gentes son por naturaleza orgullosas, altaneras, si se quiere, y dispuestas á la igualdad. En Roma, al cabo de tres días de asistir al café, el mozo, oyendo á un extranjero balbucear sus primeras frases en italiano, le mide, le juzga y dice en alta voz delante de él: «Esto va bien, usted progresa.»

A la izquierda dejamos la ciudad de Mandragone, enorme ruina coronada de hierbas flotantes y de arbustos pequeños. A la derecha la quinta Aldobrandini abre sus alamedas de plátanos colosales y de pinos recortados, sus arquitecturas de escalinatas, de balaustradas y de terrazas. A la entrada, y adosado á la montaña, un pórtico revestido de columnas y de estatuas suelta á oleadas el agua que le llega de lo alto sobre un esca-

lonamiento de cascadas. Este es el palacio de campo italiano, dispuesto para un gran señor de espíritu clásico, que siente la Naturaleza según los paisajes de Pousino y de Claudio Lorena. Las salas del interior ostentan pinturas y frescos: *Las nueve musas rodeando á Apolo*, *Los Ciclopes y Vulcano en las fraguas*, muchos techos del caballero de Arpin, *Eva y Adán*, *Goliath y David* y una *Judith* del Dominiquino, bella y sencilla. Es imposible considerar á los hombres de aquel tiempo como de la misma especie que nosotros. Eran hombres rudos, paisanos, con hábito ó sin él; hombres de acción, buenos para los golpes de mano, voluptuosos y supersticiosos, con la cabeza llena de imágenes corporales que entreveían como en un sueño en las horas de ocio ya el cuerpo de su querida, ya el torso de un santo, habiendo oído referir algún pasaje de la Biblia ó de Tito Livio, leyendo el Ariosto sin crítica ni delicadeza y exentos de millares de ideas con las que llenan nuestra cabeza la educación y la literatura. Por ejemplo, en la historia de David y Goliath todas las fases consistían para ellos en los diversos movimientos del brazo y en las diferentes actitudes del cuerpo. La invención del caballero de Arpin se reduce aquí á forzar este movimiento, que llega á ser furioso, y esta actitud, que acaba en retorcida. Lo que interesa á un artista moderno en una cabeza, á saber: la expresión de un sentimiento singular y profundo, la distinción, los rasgos de la delicadeza y la superioridad naturales, no aparece nunca entre aquéllos, excepto en ese investigador precoz, pensador refinado y hastiado, ese genio universal y femenino que se llamó Leonardo de Vinci. La Judith del Dominiquino es aquí una bella aldeana sana y sencilla,

bien pintada y bien dotada de miembros. Si buscáis los sentimientos complejos y exaltados de una mujer valerosa que por piedad y patriotismo acaba de prostituirse y de ser homicida, que vuelve con las manos ensangrentadas, tal vez sintiendo en el seno al hijo del hombre á quien acaba de degollar, buscad todo eso en otra parte, leed el drama de Hebbel ó la *Cenci* de Schelley ó proponed el asunto pictórico á un Delacroix ó á Ari Scheffer.

Me he confirmado esta noche en tal idea con la lectura de Vasori. Ved, por ejemplo, las vidas de los dos Zuecharo entre tantas otras parecidas. Ambos son obreros educados en el taller desde los diez años, que producen lo más que pueden, que buscan encargos y repiten por doquiera los mismos asuntos bíblicos ó mitológicos, lo mismo los trabajos de Hércules que la creación del hombre. No tienen ellos el espíritu atiborrado de disertaciones y de teorías como lo tenemos nosotros los posteriores á Diderot y á Goethe. Cuando se les habla de Hércules ó del Padre Eterno, se imaginan un cuerpo grande con muchos músculos, desnudo ó vestido con un manto obscuro ó azul. Igualmente todos los príncipes, clérigos ó particulares que hacían decorar sus casas ó sus iglesias, buscaban un entretenimiento para sus ojos, leían muy á gusto los cuentos de Bandello ó las descripciones de Marini, pero en suma la literatura entonces no hacía más que *ilustrar* la pintura: hoy sucede todo á la inversa.

Subimos hasta las alturas de la antigua Tusculum, donde se ven los restos de una quinta que fué, según se dice, la de Cicerón: restos informes, montones de ladrillos desuñidos, cimientos mal desenterrados que van hundiéndose bajo la in-

fluencia de las intemperies del invierno y la invasión de las hierbas. A veces, á medida que se avanza, aparecen sobre la orilla del camino las paredes de una estancia en los lados de una escarpada pendiente. En la cumbre hay un teatro pequeño, donde aun se ven algunos fragmentos de columnas. Esta montaña devastada, poblada á trozos de espartos y de arbustos espinosos, lo más frecuente desnuda, y donde rocas destrozadas accidentan la delgada envoltura de tierra, es realmente una gran ruina. Allí estuvo el hombre, pero ha desaparecido. Una cruz hay en la cima sobre un montón de gruesas piedras ennegrecidas; sopla el viento y parece como que murmura una salmodia lúgubre. Las montañas del Mediodía, todas enrojecidas por la abundancia de árboles que todavía no reverdecen, el obscuro promontorio de Monte-Calvi, la fila de alturas desoladas bajo su cabellera encrespada de hierbas amarillentas; en lo más bajo la campiña romana, rojiza bajo su lienzo de nubes desgarradas: todo esto tiene el aspecto de un campo mortuario.

En los bosques regados que se atraviesan al bajar, florecen anémonas blancas, violetas y clemátidas, de un azul tierno y encantador. Un poco más lejos, la abadía de Grotta-Ferrata, con sus almenas de la Edad Media, sus viejas arcadas de columnas elegantes y sus frescos sobrios y graves del Dominiquino, aparta un poco el espíritu de estos sueños fúnebres. A la vuelta, en Frascati, el ruido de las aguas corrientes, las copas floridas de los almendros y de los espinos blancos en la concavidad verde de las montañas y el brillo de los trigos aun nuevos que se levantan, alegran el corazón con una dulce apariencia de primavera. Ha quedado más puro el cielo, muéstrase ya el

delicioso azul sembrado de nubecillas blancas que sobrenadan en el aire como palomas y á lo largo de todo el camino los arcos de los acueductos se destacan bellamente en plena luz del día.

Así es que aun bajo este cielo, todas estas ruinas hacen mal efecto: ¡son testigos de tantas miserias! Alguna vez aparece un macizo roído por la base, una bóveda que se deshece resquebrajada; en otra parte un arco aislado, un trozo de muro, tres piedras enterradas que asoman... diríase que son los restos de un puente arrastrado por una inundación ó lo que aun queda de una ciudad destrozada en un incendio.

El pueblo

Ante todo, cuando se quiere juzgar á las gentes del pueblo romano, hay que señalar como primer rasgo de su carácter la energía, quiero decir, la aptitud para las acciones violentas y peligrosas: he aquí dos anécdotas que lo demuestran.

Nuestro amigo N..., hombre atlético, valiente y sereno, que habita en la campaña á cinco ó seis leguas de aquí, nos refiere que en su pueblo las cuchilladas son cosa frecuente. De los tres hermanos de su criado uno está en presidio, los otros dos murieron asesinados. En este mismo pueblo dos jóvenes bromeaban y se divertían juntos. Uno de ellos tenía una flor en el ojal de su chaqueta, regalo de su amada. Se la cogió el otro, y «Dámela», dijo el enamorado: el otro no hizo más que reír. Entonces el enamorado se puso